

PALABRAS DE CAMELO

Gonzalo Moure

HUBO UNA VEZ UN NIÑO SORDOMUDO que amaba a un camello. El niño se llamaba Kori, aunque no podía saberlo porque no oía nada. Veía mover los labios a sus padres, a sus hermanos y a todos los que conocía, aunque no era capaz de traducir aquellos movimientos a ningún sonido. Pero veía que sus labios se abrían, se ponían redondos, e inmediatamente aparecían sus dientes.

Él era, por tanto, Labios redondos, Boca estirada: Ko-ri.

Su madre le señalaba y decía:

—Labios redondos, Boca estirada.

Así lo entendía Kori.

Luego, su madre se señalaba a sí misma y decía, despacio:

—Mahfuda.

Kori leía: Labios pegados, Boca abierta, Dientes sobre labio, Labios estirados, Boca bierta. Así se llamaba, para Kori, su madre.

El pequeño Kori tenía ocho años y vivía en Samara, uno de los campamentos de refugiados donde habitan los saharauis, en el desierto argelino. Eso era todo lo que había visto en su vida, la hammada: piedras, arena inacabable, jaimas, unos pobres cuartitos de adobe, los corrales de los animales, algunos edificios encalados más grandes, entre los que estaba su escuela, una bandera deshilachada y el cielo.

Nada más. Ni un poco de hierba, ni un árbol en el horizonte...

En aquel bosque de jaimas y cuartitos de adobe vivían otros niños, mujeres y hombres. De vez en cuando pasaba un coche, un autobús, o un camión. Algunos camiones traían agua para los depósitos de zinc, otros bombonas de gas. En los coches solían ir hombres serios, echando humo por la boca.

Los niños del barrio de Kori corrían detrás de los coches, se agarraban a sus parachoques, caían, reían, se volvían a levantar y volvían a correr. A menudo, los niños lanzaban piedras contra los coches y, a veces, estos se paraban y bajaban los hombres serios, muy enfadados. Al ver bajar a los hombres serios, los niños huían.

Kori iba a una escuela especial, con otros niños que tampoco eran como los demás: niños ciegos y niños con la mirada perdida y la boca quieta.

Kori aprendía en la escuela a atarse los zapatos, a dibujar animales, coches, jaimas y hombres.

Entre todos los animales que solía dibujar, había uno que le atraía más que los otros: el camello.

Los camellos fascinaban a Kori. Le gustaban sus movimientos lentos cuando los hombres los llevaban atados con un cordel que iba hasta una anilla que traspasaba su nariz. Le maravillaba la serenidad con la que aguantaban su encierro en los pequeños corrales. Le asombraba su enorme altura, su gran joroba y la cabeza, inclinada, casi colgando del largo cuello.

Cuando los veía, Kori imaginaba su vida en el desierto, y soñaba despierto con ir montado en uno de ellos, como había visto hacer varias veces a otros niños más afortunados que él.

Kori dibujaba camellos en su cuaderno, una y otra vez, y cuando volvía a casa se detenía en los corrales del campamento para ver a los camellos de verdad.

Kori creía que los camellos también hablaban, porque movían los labios como las personas. Kori no sabía que el camello traga primero todo lo que le cabe en el estómago, luego lo devuelve a la boca y lo va rumiando poco a poco, después. El movimiento de sus mandíbulas y sus labios, rumiando, le hacía creer a Kori que los camellos decían palabras.

Los corrales de los campamentos estaban hechos de tela metálica, barras de metal viejo, latas prensadas y pieles de los camellos muertos. En el desierto no hay madera, y la poca que hay se quema en pedacitos, en infiernillos sobre los que se hierve el té, o haciendo fuegos más grandes para cocinar la comida, o para hornear el pan.

En la mayoría de los corrales había cabras: negras, rojas, blancas, negras y blancas, blancas y rojas. Unas eran grandes, de enormes cuernos, y otras pequeñas: niños de cabra, pensaba Kori. Pero, si acercaba sus manos al corral las cabras huían, o le intentaban morder. Por eso, prefería a los camellos, que se quedaban quietos y, creía Kori, hablaban como las personas.

Kori se acercaba a menudo a un corral en el que había una camella grande. La camella era de sus tíos, que vivían cerca de los corrales. Kori iba casi todos los días a verla y ayudaba a su tía a darle la comida. Después, mientras su tía la ordeñaba, no se perdía un detalle; viendo manar el chorro blanco sobre el cuenco de metal.

Cuando su tía se iba, él se hacía el distraído para quedarse solo con la camella, se acercaba y trataba de hablar con ella. La camella miraba a Kori con gesto altanero y movía sus labios.

¿Qué le decía la camella? El pequeño sabía que la gente hablaba así, moviendo los labios, pero él no les entendía. Tampoco a los camellos. Kori movía los suyos pensando cosas como «me gusta tu gran joroba», o «quieres comida», o «me gusta la leche de camella». Pero la camella movía sus labios y Kori no entendía lo que contestaba.

La camella estaba muy gorda. Su tía le traía más comida que nunca, y la camella seguía engordando.

Una tarde, cuando volvía de la escuela, la camella tenía a su lado un pequeño camello de color caramelo.

Y, ahora, la camella estaba de nuevo flaca.

Kori había visto que a su madre le había pasado lo mismo dos veces. Primero iba poniéndose gorda, cada vez más y, un día, su vientre volvía a ser igual que antes, y a su lado había un niño. Así aparecieron, como por magia, los hermanos pequeños de Kori.

Kori pensó que eso era lo que había pasado con la camella: había tenido un niño. Un niño de camello. Un camello recién nacido se llama, en la lengua de los saharauis, huar. Pero Kori tampoco lo podía saber.

Su tía estaba en el corral con la camella y su hijo, el huar. Señaló al pequeño camello y le dijo algo a Kori. Él sonrió. Le gustaba mucho el nuevo camello de color caramelo. Era torpe,

apenas se sostenía sobre sus patas, largas y débiles. Y su pelo parecía suave, apetecía acariciarlo.

El huar buscaba las ubres de su madre y se metía debajo de su barriga. De vez en cuando, su madre le lamía la cara.

Kori reía lleno de gozo.

La tía de Kori volvió a señalar al huar y preguntó al niño, levantando la mano, qué le parecía. Kori asintió, con entusiasmo. Quería decir que le gustaba, que le gustaba mucho. Abría los ojos todo lo que podía, como si quisiera que el huar entrara por ellos.

Su tía dejó que Kori pasara al corral con ella, para que acariciara al camello. Sujetó a la camella, y Kori se pudo acercar a su hijo. El pequeño animal miró hacia Kori y movió sus labios.

Kori entendió: Labios redondos, Boca estirada. Es decir, Kori.

«¡Sabe cómo me llamo!», pensó Kori.

Le señaló y levantó los dedos de una mano. Quería decir: «Y tú, ¿cómo te llamas?»

El camellito siguió moviendo los labios, y Kori entendió: Labios abiertos, Labios cerrados, Labios abiertos, Labios cerrados...

Kori rió otra vez y pasó la mano por la cabeza del pequeño. La encontró suave, y tibia.

En su mente, Kori llamó al huar Caramelo. Su color y su dulzura le recordaban a esa cosa que venía envuelta en papelitos brillantes, se metía en la boca y sabía dulce.

«Te llamaré Caramelo», pensó, al tiempo que movía sus labios mudos.

El huar miró a Kori con ternura. Kori pensó que aceptaba su nombre. Desde ese momento, los dos se quisieron.